

21. Tipo explosivo sordo lingual dorsal medio (*ch*), semejante al español de *charro*, *cheque*, *chico*, *macho*, *chupo* :

chnau = bebida ;
ach'ich' = ácido ;
achuch = besar ;
teich = alcanzar ;
itamach = adorar.

Por último, la variante de *ch* ante *i*, que podemos clasificar con Cejador como "*paladial suave palatizada de la italiana en GIOGO y del DYM árábigo*=(*G, Y, I*)," y que es tomada por Brunot continua espirante sonora marginal (*ɾ*).

(Continuará)

MANUEL JOSÉ CASAS M.

LOS PANES NEGROS

A la señorita Mary Finaly

Tu tibi divitias stolidissime congeris amplas,
 Negasque micam pauperi :
 Advenit ecce diés qua seavis ignibus ardens
 Rogabis aquae guttulam.

(NAVIS STULTIFERA, 1507, f. XIX).

En aquel tiempo Nicolás Nerli era banquero en la noble ciudad de Florencia. Cuando tocaban a tercia, estaba él sentado en su escritorio, y cuando llamaban a nona, aún se encontraba allí, y trabajaba todo el día en guarismos sobre sus tabletas. Prestaba dinero al Emperador y al Papa. Y si no lo prestaba al diablo, es porque temía salir perdiendo en el negocio con el que llaman el Malo, y que

(1) En la parte anterior de este trabajo, número 76, página 350, tres líneas antes del fin dice, por error del cajista, *denominanno* en vez de *dominando*.

abunda en picardías. Nicolás Nerli era desconfiado y audaz. Había adquirido grandes riquezas y arruinado a mucha gente, por lo cual era apreciado en la ciudad de Florencia. Habitaba un palacio en donde la luz que creó Dios tan sólo entraba por estrechas ventanas; y era aquello prudencia, porque la mansión del rico debe ser como ciudadela, y los que poseen grandes bienes tienen que defenderlos por fuerza de aquellos a quienes se los esquilmaron.

Así pues, el palacio de Nicolás Nerli se hallaba guardado por rejas y cadenas. Adentro, las paredes estaban pintadas por hábiles artífices que habían representado en ellas las virtudes con aspecto de mujeres, a los patriarcas, a los profetas y a los reyes de Israel. Tapices extendidos por los cuartos, ofrecían a la vista las historias de Alejandro y de Tristán, tal como nos las cuentan las novelas. Nicolás Nerli hacía resplandecer su riqueza, en la ciudad, en fundaciones de caridad. Había levantado en los afueras un hospital cuyo frontis, esculpido y pintado, representaba los actos más honrosos de su vida; en reconocimiento de las sumas de dinero que había dado para la conclusión de Santa María la Nueva, su retrato se encontraba suspendido en el coro de aquella iglesia. Allí se le veía arrodillado, con las manos puestas, a los pies de la Santísima Virgen. Y se le conocía por su gorro de lana encarnada, su bufanda envuelta, su rostro untado de grasa amarilla y sus ojillos vivos. La buena de su mujer, Mona Bismantova, de un continente tan honrado y triste, que nadie se imaginaba de ella un placer indebido, se encontraba al otro lado de la Virgen, en la actitud humilde de la oración. Aquel hombre era uno de los primeros ciudadanos de la República; como nunca había hablado contra las leyes, y como jamás se había preocupado de los infelices ni de aquellos a quienes los poderosos condenan a multa y destierro, en nada había disminuído para los magistrados la estimación que a sus ojos de éstos se había conquistado por su gran riqueza.

Al entrar, una tarde de invierno, más noche que de costumbre a su palacio, le rodearon, en el umbral de la puerta, una cáfila de mendigos medio desnudos que le tendían la mano.

Les rechazó con palabras duras. Pero el hambre les había puesto hoscos y atrevidos como lobos. Se formaron en rueda a su alrededor y le pidieron pan con voz quejumbrosa y ronca. Ya se agachaba para coger piedra y arrojársela, cuando vio venir a uno de sus sirvientes que traía sobre la cabeza una cesta de panes negros, para los mozos de caballeriza, de cocina y de los jardines.

Hizo señas al panadero para que se acercara y, vaciando a manos llenas la cesta, tiró el pan a los desgraciados. Luégo, ya entrado en su casa, se acostó y se durmió. En su sueño le atacó una apoplejía, y murió tan repentinamente que todavía se creía en su lecho, cuando vio en un lugar, "mudo de tanta luz," a San Miguel, iluminado con la claridad que emanaba de su cuerpo.

El Arcángel con su balanza en la mano, cargaba los platillos. Reconociendo en el platillo más pesado las joyas de las viudas que él guardaba en prenda, la multitud de paquetes de escudos que él había retenido indebidamente, y ciertas piezas de oro bellísimas que sólo él poseía, habiéndolas adquirido por usura o por fraude, Nicolás Nerli conoció que era su vida pasada lo que San Miguel estaba pesando en aquel momento delante de él. Se puso atento y cuidadoso.

—Señor San Miguel, dijo, si ponéis a un lado toda la ganancia que hice en mi vida, poned al otro, si queréis, las hermosas fundaciones por las que tan magníficamente probé mi caridad. No olvidéis ni la cúpula de Santa María la Nueva, para la que contribuí con buena parte, ni mi hospital en las afueras, construído íntegro con mis dineros.

—No temáis, Nicolás Nerli, respondió el Arcángel. Nada olvidaré.

Y con sus gloriosas manos puso en el platillo más ligero la cúpula de Santa María y el hospital, con su frontis esculpido y pintado. Pero el platillo no bajó nada.

Sintió el banquero viva inquietud.

—Señor San Miguel, repuso, buscad más aún, que no habéis puesto de aquel lado de la balanza, ni mi hermosa pila de San Juan, ni el púlpito de San Andrés, en donde el bautismo de Nuestro Señor Jesucristo se contempla al natural. Fue obra que bien caro me costó.

El Arcángel puso el púlpito y la pila, encima del hospital, en el platillo, que no bajó nada. Nicolás Nerli empezó a sentir la frente inundada de frío sudor.

—Señor Arcángel, preguntó, ¿estáis seguro de que vuestra balanza es justa?

San Miguel respondió sonriendo que no por no estar con el modelo de las balanzas que usan los lombardos en París y los cambistas de Venecia, tenía falta alguna en cuanto a exactitud.

—¿Cómo, suspiró Nicolás Nerli tembloroso, aquella cúpula, aquél púlpito, aquella concha, aquel hospital con todos sus lechos, no pesan, pues, más que una brizna de paja, que una ala de paloma?

—Ya lo estás viendo, Nicolás, dijo el Arcángel, y hasta aquí el peso de tus iniquidades excede y en mucho al ligero fardo de tus obras buenas.

—Iré al infierno, dijo el florentino.

Y sus dientes crujían de espanto.

—Paciencia, Nicolás Nerli, repuso el pesador celestial, paciencia! que aún no hemos terminado. Nos queda esto.

Y el bienaventurado Miguel tomó los panes negros que había arrojado el rico a los pobres la víspera. Los depositó en el platillo de las obras buenas que bajó de repente, en tanto que el otro subía, y ambos platillos quedaron a nivel. El fiel no se inclinaba ni a derecha ni a izquierda y la aguja marcaba la igualdad perfecta de ambos pesos.

El banquero no creía lo que estaba mirando.

El Arcángel glorioso le dijo:

—Ya lo ves, Nicolás Nerli, no eres bueno ni para el cielo ni para el infierno. Vé, vuélve a Florencia, multiplica en la ciudad estos panes que diste por tu mano, de noche, sin que nadie te viera; y serás salvo. Porque aún no es bastante que el cielo se haya abierto al ladrón que se arrepintió y a la cortesana que lloró. La misericordia de Dios es infinita: salvará hasta a un rico. Sé este rico. Multiplica los panes cuyo peso estás viendo en mi balanza. Vé!

Nicolás Nerli se despertó en su lecho. Resolvió seguir el consejo del Arcángel y multiplicar el pan de los pobres para entrar en el reino de los cielos.

Y en los tres años que pasó en la tierra después de su primera muerte, fue compasivo para con los desgraciados y gran benefactor.

ANATOLE FRANCE

(Traducido por EDUARDO DE GUZMÁN, alumno externo).

LAGRIMA DIVINA

Al señor don Antonio Gómez Restrepo

JUAN. ¿Qué te aflige? Maestro. ¿Por qué triste
Aparece tu frente soberana?
¡Temes, Señor! ¿Te abruma esa mañana
Que ayer en el Tabor nos predijiste?

JESÚS. Triste, muy triste estoy hasta la muerte....

JUAN. Cuéntame qué te pasa. Aquí a tu lado
El discípulo está que tú has amado;
Padeciendo también, lloroso al verte.

¿Te acuerdas de tu madre, de María....
Y tiembles al pensar en sus dolores
Cuando la dejes sola, y mudo llores
En el tormento atroz de tu agonía?